

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

AÑO 1945 - N.º 12



SEVILLA

PUBLICACIONES DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

IMPRESO EN SUS TALLERES GRÁFICOS

Ejemplar n.º **328**

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1945



Tomo V
N.º 12

SEVILLA
PUBLICACIONES DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
Imprenta de la misma

Excm. Diputación Provincial de Sevilla

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

1945

SEGUNDA ÉPOCA

NÚM. 12

CONSEJO DE REDACCIÓN

Excmo. Sr. D. Ramón de Carranza y Gómez, Marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excm. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Juan Candau Candau.—D. José Hernández Díaz.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. Manuel Justiniano, Director del Archivo de la Diputación Provincial.

SUMARIO

ARTÍCULOS ORIGINALES

Págs.

Capote, Higinio.— <i>Vida y muerte de Quevedo</i>	7 - 1
Carrera Sanabria, Manuel.— <i>Unas obras desconocidas del escultor Cayetano Acosta</i>	25 +
Petit Caro, Carlos.— <i>La Cárcel Real de Sevilla (II)</i>	37 +
Romero Martínez, Miguel.— <i>Traducción de cuarenta y cinco Odas de Horacio (VI)</i>	87

MISCELANEA

Justiniano, Manuel.— <i>Un incunable desconocido</i>	111 +
Girón María, Francisco.— <i>El pintor que retrató a Fray Isidoro de Sevilla</i>	117 +
Delgado Roig, Juan.— <i>La Real Academia de Medicina de Sevilla</i>	121 +
Almandoz, Norberto.— <i>Panorama musical de la época de Antonio de Nebrija</i>	125

Libros.....	129
-------------	-----

<i>Crítica de Arte</i> .—Pintura y Escultura, por Antonio Sancho Corbacho..	137
---	-----

APÉNDICE

<i>Discurso genealógico de la nobilissima y antigua Casa de los Tellos, de Sevilla</i> .—Ldo. Luis Fernández Melgarejo. <i>Introducción y notas por Miguel Lasso de la Vega, Marqués del Saltillo (III)</i>	145
---	-----

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En Sevilla: 30 pesetas al semestre, 60 pesetas al año.—En el resto de España: 32 pesetas al semestre, 64 pesetas al año.—En Hispanoamérica, 35 y 65 pesetas, respectivamente. En el Extranjero, 34 y 66 pesetas.

DIRECCIÓN: APARTADO DE CORREOS 25 - TELÉFONO 2338x

PANORAMA MUSICAL DE LA ÉPOCA DE ANTONIO DE NEBRIJA

Nuestra música medieval mereció especial atención de los magnates de la época. Gozó de la protección de insignes mecenas. Muchos de éstos, de estirpe real, no sólo ejercieron mecenazgo, sino que cultivaron la música con notable maestría. Las efemérides del arte patrio registran en sus páginas nombres de artistas de testa coronada. El autor de las «Cantigas», atestigua de su padre, San Fernando, que «era mañoso en todas buenas maneras que buen caballero debiera usar... et pagandose de omes cantadores et sabiendolo él facer; y el otrosi pagandose de omes de corte que sopieren bien de trovar et cantar, et de que sopiesen bien tocar instrumentos, ca de esto se pagaba él mucho et entendia quien lo facia bien et quien no». El testimonio es valioso y elocuente. Pero el propulsor más esforzado de la Música en la Edad Media, el por excelencia rey artista y músico, es Alfonso X el Sabio. En su época, las ciencias y las artes adquirieron inusitado esplendor. A él se le debe, a imitación de las cátedras de música de París—regentada algún tiempo por el español Pedro Ciruelo—y Oxford, la creación de la Universidad de Salamanca, en que explicaron profesores y artistas de universal prestigio, como Ramos de Pareja, Fernández, Francisco Salinas—celebrado entusiásticamente por Fray Luis de León en su famosa oda—, Yanguas..., Dovague, el último, compositor, cuyas obras religiosas han venido ejecutándose hasta nuestro siglo. «Que aya un maestro en órgano et que yo le de cincuenta maravedis de cada anno», escribía el Rey Sabio en unas de las cláusulas del reglamento de la nueva cátedra, redactado por él mismo.

Más adelante, con el advenimiento de los Reyes Católicos, que heredan la magnificencia artística de sus antecesores, su reinado—fecundo en epopeyas—, proyecta nuevos y luminosos rayos sobre el panorama musical y cultural de la época.

Treinta años antes de esta Monarquía nace el personaje que motiva estas líneas: el preclaro gramático Antonio de Nebrija, cuyo quinto centenario natalicio Sevilla ha conmemorado con pompa y solemnidad extraordinarias.

Por lo que hemos podido deducir de los biógrafos de Nebrija que han estudiado a fondo su obra, el insigne humanista se mantiene en ella muy al margen de toda manifestación musical, ni crítica ni literaria.

Sus actividades lingüísticas, poéticas, matemáticas, etc..., no prestan

ningún indicio ni orientación sobre el particular; dato que nos obliga a emplazar al sabio nebrisense en el ambiente y movimiento musical de la época como mero espectador y como testigo sin voz ni voto.

Insignes artistas y didácticos prestigiaron con sus obras y teoría el siglo del eximio gramático.

A la sazón, la música, tanto la religiosa como la profana—en plena gestación perfectiva—dirige sus posibilidades hacia horizontes inexplorados; se incubaba en ella una anhelante tendencia e inquietud hacia la perfección estética y concreción de formas, y sobre todo, a la conquista de la expresividad, factor primordial y característico de nuestra música, cuyo objetivo, medio siglo más tarde, el insigne maestro sevillano Cristóbal Morales, formulaba en la frase: «El fin de la música religiosa es dar nobleza y austeridad al alma», frase precursora de la de Sebastián Bach.

Contemporáneo riguroso de Nebrija, y personaje de singular importancia en el ambiente musical de la época, fué el andaluz Ramos de Pareja, quien desde su cátedra de Salamanca primero, y de la de Bolonia después, defendía teorías que merecieron anatemas de los aferrados a las reglas y preceptos de la rutina e intransigencia.

Su doctrina sobre el «temperamento»—división de los intervalos en la escala—abrió horizontes a la armonía moderna, y no dejó de conquistar para su causa entusiastas adeptos italianos.

En el terreno práctico de la música, hácese digno de muy honorífica mención el compositor vasco, coetáneo también del sabio Nebrija, Juan de Anchieta, maestro de Capilla de los Reyes Católicos, que gozó de gran renombre entre sus contemporáneos. Analizadas sus obras—nuestra Biblioteca Colombina posee algunas de ellas en manuscritos de la época, otras han merecido ediciones modernas de Barbieri, Castrillo-Elustiza y Anglés—hemos de convenir en lo justificado de aquel renombre. Cítase de Anchieta una Misa, compuesta sobre el tema de la canción—«Ea, judíos, a enfardelar, —que mandan los Reyes—que paseis la mar» (*); curioso ejemplo, muy en boga en la época, el escribir misas y motetes sobre motivos

(*) Música de la canción popular citada:



profanos. Esta Misa—sin duda perdida o destruida—no ha llegado hasta nosotros. Otra composición suya, muy ejecutada por aquellos tiempos, el bello villancico «Dos ánades, madres», figura en el Cancionero de Palacio, editado por el benemérito Barbieri, a quien, si la zarzuela española le debe deliciosas páginas, la musicología le es deudora de inapreciables servicios.

Juan del Encina, cuyo valor literario musical aún excita nuestra admiración, exige por derecho propio un puesto preeminente en el areópago artístico de la época. Poeta y músico—poeta, como Wágner, de su música, y músico de su poesía—el insigne salmantino, vislumbrando el teatro moderno imprimiéndole al de sus días nuevas orientaciones.

Durante su nómada existencia, en que le vemos ocupar puestos de arcediano de la Catedral de Málaga; de cantor de la Capilla Pontificia de León X, en Roma; abandonando este cargo, de beneficiado de la Colegiata de Morón; después, en devota peregrinación—como nuestro Francisco Guerrero—a Jerusalén, donde celebra su primera Misa, y últimamente de prior de la Catedral de León, jamás abandonó su culto a las musas, produciendo prolíficamente poesías, églogas, canciones, etcétera, que figuran en multitud de cancioneros y antologías.

Nebrija, profesor de Gramática en la Capilla de la Virgen de la Granada, en el Patio de los Naranjos, obliga a la cita de los maestros que por entonces rigieron el Magisterio de Capilla de nuestra Catedral: F. de la Torre, Valera, Escobar y Fernández de Castilleja. Del primero y del tercero pueden verse composiciones en el Cancionero, de Barbieri, y algunas de Escobar en publicación moderna. De Fernández de Castilleja, maestro de Morales y Guerrero, llamado por éste «maestro de los maestros de España». Eslava, meritísimo descubridor de nuestras glorias musicales, publicó un motete en su «Lira Sacro-Hispana».

Amanece el siglo XVI: por doquier brotan tratados de música. Los tratadistas dan rienda suelta a eruditas—no pocas veces indigestas—elucidaciones metafísicas; los compositores intensifican su labor creadora, hermanando fondo y forma en armoniosos conjuntos; siéntese en lontananza el nutrido coro de nuestros artistas del «Siglo de Oro», que prepara las sublimes armonías, las sonoras estrofas y las penetrantes policromías, con que han de asombrar a las generaciones futuras; y Nebrija, precursor eximio, vidente profundo de este espléndido renacimiento, puede escribir a Isabel la Católica: «Si Vuestra Alteza ha dado a España un Siglo de Oro, yo lo he ilustrado con mis letras»; y estampar en la poesía dedicada a su pueblo: «Tu nombre y el mío no se borrarán en muchos siglos de la memoria de los hombres». *Laudemus viros gloriosos.*

NORBERTO ALMANDOZ.